

Pedro Henríquez Ureña. La edición como una operación social

Liliana Weinberg

Universidad Nacional Autónoma de México

Comienzo por evocar un texto de radical importancia de Pierre Bourdieu, “Les conditions sociales de la circulation internationale des idées” (2002 [1989]), y con él rindo homenaje a un gran investigador alemán, Joseph Jurt, quien fuera amigo y destinatario del propio texto de Bourdieu. Tuve la fortuna de conocer personalmente y conversar con el Dr. Jurt cuando fui invitada por él y por el Dr. Ottmar Ette a un encuentro sobre Max Aub y André Malraux. Sirva entonces este preámbulo como homenaje a su gran estatura humana e intelectual.

Regresando al texto de Bourdieu, en dicha comunicación el gran pensador francés se preocupa por el hecho de que los textos circulen sin su contexto, esto es, que no importen con ellos el campo de producción en cuyo seno nacieron, y que a su vez sean interpretados por los receptores según su propio campo de recepción. Este hecho genera “formidables malentendidos”. Dice allí:

... le sens et la fonction d'une œuvre étrangère sont déterminés au moins autant par le champ d'accueil que par le champ d'origine. Premièrement, parce que le sens et la fonction dans le champ originaire sont souvent complètement ignorés. Et aussi parce que le transfert d'un champ national à un autre se fait à travers une série d'opérations sociales : une opération de sélection (qu'est-ce qu'on traduit ? qu'est-ce qu'on publie ? qui traduit ? qui publie ?) ; une opération de marquage (d'un produit préalablement “dégrieffé”) à travers la maison d'édition, la collection, le traducteur et le préfacier (qui présente l'œuvre en se l'appropriant et en l'annexant à sa propre vision et, en tout cas, à une problématique inscrite dans le champ d'accueil et qui ne fait que très rarement le travail de reconstruction du champ d'origine, d'abord parce que c'est beaucoup trop difficile) ; une opération de lecture enfin, les lecteurs appliquant à l'œuvre des catégories de perception et des problématiques qui sont le produit d'un champ de production différent (Bourdieu 2002 [1989]: 3-9).¹

¹ Se trata de la conferencia pronunciada el 30 de octubre de 1989 con motivo de la inauguración del Frankreich-Zentrum de la Universidad de Friburgo, publicada también en 1990 en la *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte/Cahiers d'Histoire des Littératures Romanes*, año 14, 1-2, pp. 1-10. Puede consultarse en versión elec-

La transferencia de ideas de un campo nacional a otro se da a través de una serie de “operaciones sociales”: una operación de selección, una operación de marcado y una operación de lectura, a través de los cuales se decide qué, quién y dónde se traduce o se publica un texto, y a través de qué casa editorial, colección, trabajo de traductor o prologuista, etc.

En lo que sigue quiero releer desde esta perspectiva una de las grandes empresas editoriales y culturales que protagonizó Pedro Henríquez Ureña junto con Daniel Cosío Villegas, y que implicó precisamente una serie de operaciones propositivamente dirigidas a fundar una “Biblioteca Americana” que diera circulación a los grandes textos de nuestra tradición intelectual para generar un espacio simbólico de lo hispanoamericano. Muy tempranamente ambos intelectuales entendieron que la mejor forma de fundar una nueva colección que superara los intereses nacionales implicaba precisamente salvar el contexto de producción haciendo del prólogo, la anotación crítica e incluso la propia inserción de un libro en un conjunto mayor, la colección, formas de fundar una nueva cartografía de lectura que para ser legible implicaba dotar de inteligibilidad a cada obra y al conjunto.

Pedro Henríquez Ureña fue uno de los mejores lectores del gran libro americano: un libro que, por otra parte, él contribuyó a escribir y a editar. En efecto, a lo largo de su trayectoria Pedro Henríquez Ureña propuso una lectura y escritura de nuestra experiencia cultural en clave de libro, e incorporó la propia práctica de edición como una militancia cultural en favor de la comprensión de los textos. Por una parte, contempló la historia de la cultura americana como un vasto texto que había de ser leído y editado a partir del descubrimiento de sus propias pautas de legibilidad e inteligibilidad. De este modo, hizo del rescate del contexto de los textos una toma de posición en el campo de producción y lo pensó programáticamente a la hora de publicar una colección americana que debía trascender los intereses y lecturas nacionales. Por otra parte, vio en el libro, en el modelo de la edición, de las bibliotecas, revistas, colecciones y editoriales, la base de todo proyecto viable de desarrollo cultural y educativo. Más aún, vio en la edición una forma de postular una verdad social. Por fin, concibió en el desarrollo de proyectos editoriales y empresas culturales tales como el rescate de fuentes, la constitución de un canon y la recuperación de nuestros clásicos, la incorporación de lecturas y discusiones modernas, una

operación básica en que el libro constituía la base y el interfaz de nuestro paso del descontento a la promesa, del desencuentro a la utopía.

Pedro Henríquez Ureña nació en una casa-biblioteca, e hizo a lo largo de su vida honor a la vasta colección de sus orígenes. Construyó sobre ese modelo –siguiendo a su maestros Martí, Hostos, Rodó, y siguiendo también el proyecto krausista español– una ética de vida basada en una ética del trabajo intelectual y la autoformación espiritual. Volcó sus esfuerzos en muchos casos sobre “los libros de los otros” (apelo a esta preciosa expresión de Calvino), pues consideró de imperiosa necesidad de rescatar autores olvidados, dotarlos de nueva inteligibilidad, propiciar ediciones y antologías dignas, de gran jerarquía editorial a la vez que de bajos costos comerciales que pusieran el libro al alcance de públicos cada vez más amplios. Tuvo sensibilidad para entender que en América se vivía una ampliación del fenómeno de la lectura directamente proporcional al avance de los procesos de crecimiento urbano y escolaridad, y tuvo sensibilidad para descubrir el paso de la lectura intensiva a la lectura extensiva en crecientes sectores de la población: un proceso que se correspondía ya desde las primeras décadas del siglo xx con una creciente demanda de libros, periódicos y revistas.

El autor procuró dotar a los hispanoamericanos de bibliotecas concretas y bibliotecas simbólicas donde pudiéramos aprender a nosotros mismos, y no hizo más que prodigarse en proyectos editoriales y culturales de la magnitud de la *Antología del Centenario* preparada en México y en la que colaboró en su juventud hasta la *Biblioteca Americana* del fin de sus días, siempre atento al fomento de los proyectos culturales centrados en el libro, en el fortalecimiento de las bibliotecas, la preparación de colecciones y la participación en revistas. Nadie supo nunca cuándo descansaba, si se toma en cuenta que muy joven aún, apenas llegado a México, se desató en él una febril actividad como trabajador intelectual y como maestro, que sólo acabó el día de su muerte.

En lo que sigue quiero evocar un momento singularmente importante para la comprensión de este proyecto magistral, que tuve la fortuna de lograr reconstruir a partir de la lectura de un valioso epistolario. Se trata de la organización de la Biblioteca Americana, colección dedicada a organizar la lectura a través de una nueva concepción del clásico. Ello implicó la realización de una serie de operaciones de selección y la toma de una serie de decisiones de edición que afortunadamente puede reconstruirse a través de un epistolario: se trata de las cartas que intercambiaron Daniel Cosío Villegas, por ese entonces director del Fondo de Cultura Económica, y

Pedro Henríquez Ureña, ya radicado en Buenos Aires. Por fortuna dichas cartas se encuentran resguardadas en los archivos del Fondo de Cultura Económica, y ello me permitió hacer un seguimiento, en un texto que hoy se encuentra en prensa. Considero que no hay mejor forma de honrar la memoria de don Pedro que llevar a cabo un trabajo de archivo, lectura, selección, ordenamiento, interpretación de textos: un trabajo que a él mismo seguramente le hubiera gustado hacer (Weinberg 2014).

El 15 de abril de 1945 Daniel Cosío Villegas dirige desde México una carta a su amigo Pedro Henríquez Ureña, y lo invita a organizar una nueva colección para el Fondo de Cultura Económica, con el propósito de “sacar a flote lo mejor que hayan escrito los hispanoamericanos de todos los países y de todos los tiempos”.

La celeridad de la respuesta de Henríquez Ureña muestra de manera elocuente que se trata de un proyecto de valor estratégico para el director del Fondo a la vez que de la concreción, por parte del intelectual dominicano, de un sueño largamente acariciado y presentido: el programa de toda una vida, pensado y organizado a lo largo de muchos años, y que superará ampliamente los requisitos editoriales convencionales para convertirse en una toma de posición y una forma de intervención cultural de largo alcance.

La nueva colección, cuyo primeros volúmenes aparecerán en 1947, se llamará Biblioteca Americana, y constituye una de las series de mayor personalidad, prosapia y prestigio no sólo del FCE sino de todas las colecciones dedicadas a dar a conocer las obras de autores americanos con dimensión americana.

En cuanto a su sustentabilidad, el proyecto de colección se apoyaba en elementos muy concretos e incontestables: no sólo la clara expansión de la industria editorial hispanoamericana y el nuevo papel que tocó desempeñar a América en el concierto de las naciones a fines de la Segunda Guerra Mundial, sino también la comprobación del lugar que ocupaba ya por esos años el espacio cultural de nuestra América y el español americano: y en esto fue, una vez más, Henríquez Ureña el genial observador del fenómeno. En efecto, si el eje de la lengua y de la producción editorial se estaba desplazando francamente de España a América, todo hacía presagiar que pronto se asistiría a un despegue de la creación y la crítica. Fenómenos complementarios, como el de la fundación y circulación de grandes revistas culturales, contribuían a evidenciar la progresiva visibilidad de que se iban dotando la literatura y el arte hispanoamericanos en el concierto de las naciones y anunciaban el pronto agotamiento de los viejos mode-

los reduccionistas —costumbrismo, racismo, tropicalismo— con que se solía interpretar nuestras obras. El nuevo escenario de mediados de siglo xx confirma una tendencia que había comenzado a generarse a partir del modernismo: desde fines del siglo xix empezaba a perfilarse un nuevo modelo para el equilibrio de fuerzas en un campo cultural y literario integrado por representantes del viejo y el nuevo mundo.

Es así como a lo largo de la primera mitad del siglo xx y los fuertes acontecimientos marcados por las dos guerras mundiales se asistirá a un fuerte reacomodo del mapa de las relaciones culturales entre América y Europa del cual fueron conscientes muchos de nuestros más prominentes hombres de letras, quienes lo supieron traducir a través de textos clave como los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* de Pedro Henríquez Ureña (1928) o las “Notas sobre la inteligencia americana” de Alfonso Reyes (1936).

El propio título de la serie tiene valor programático y se inserta en una prestigiosa tradición intelectual de hacedores de programas editoriales de amplios alcances para nuestro continente, tal como lo fue en particular ese otro gran proyecto asociado a las figuras de Andrés Bello y Juan García del Río, que constituirá uno de sus principales antecedentes: se trata de *La Biblioteca Americana, o Miscelánea de la literatura, artes y ciencias* (1823), destinada tanto a la consolidación de un renovado sector de lectores americanos como a la promoción de la inteligencia americana entre lectores europeos.

Variados y de distinto signo han sido los esfuerzos de compilación, estudio y publicación de la producción literaria e intelectual en nuestro continente: pensemos, para dar sólo dos ejemplos, en iniciativas como la *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional* de José Mariano Beristáin y Souza (1816-1821) o en la *América poética* de Juan María Gutiérrez (1846-1847). Sin embargo, fueron fundamentalmente casas editoriales externas a la región —como las francesas Garnier Hermanos, Viuda de Bouret, Paul Ollendorff, Flammarion y Michaud— las que organizaron colecciones para los libros hispanoamericanos que tenían un mercado garantizado en España y América Latina.

Con el modernismo, el juvenilismo, el arielismo y el ambiente de renovación que propició la reforma universitaria, se generó un clima de simpatía hacia la creación y el fortalecimiento de circuitos culturales hispanoamericanos, como lo muestran el *Mundial Magazine* de Darío, la *Revista de América* dirigida por Francisco García Calderón (1912-1916), las múltiples antologías y estudios de Ventura García Calderón o la editorial

América fundada por Rufino Blanco Fombona hacia 1916. Se renueva también el interés por ofrecer miradas de conjunto, como las que brindan *La joven literatura hispanoamericana, antología de prosistas y poetas* (1906) de Manuel Ugarte o *Letras y letrados de Hispano-América* del ya mencionado Blanco Fombona (1908).

Si en términos amplios y en el largo plazo la noción de una Biblioteca Americana puede ligarse a estos distintos proyectos, existe también un antecedente más cercano en tiempo y atmósfera intelectual: se trata de las iniciativas para organizar una biblioteca americana que circulaban en el grupo de intelectuales reunidos en Buenos Aires hacia los años treinta, entre quienes se encontraban Reyes y el propio Henríquez Ureña:

No es gratuito que el círculo intelectual rioplatense en el que se movían Reyes y Henríquez Ureña en los años treinta haya discutido con ambos escritores la necesidad de crear una 'Biblioteca Americana', a la manera de las colecciones emprendidas por Ventura García Calderón y Rufino Blanco Fombona; una colección que, por su nombre, fuera el eco fiel de la famosa colección emprendida por Andrés Bello en su exilio londinense, la misma colección que, proyectada por los dos amigos, llegaría a completarse en México bajo la dirección del propio Henríquez Ureña (Mondragón 2009: 70).

Asociar semánticamente las nociones de biblioteca y colección implica asimilar la idea abstracta de un conjunto de volúmenes vinculado por un cierto sentido editorial con la posibilidad de intervención concreta en el mundo cultural mediante la generación de las condiciones materiales necesarias para que, a través de una serie de obras de consulta obligada y de presencia indispensable, los lectores de distintas nacionalidades logren superar y ampliar en espacio y tiempo sus expectativas de lectura.

Con una alta jerarquía editorial y un perfil definido que la han consolidado como un referente para el estudio de nuestra literatura, esta colección, dedicada a propiciar y difundir la lectura de los clásicos americanos entre un creciente número de lectores, ha convertido a su vez a cada título en un clásico del trabajo de edición rigurosa a que aspiraban sus creadores. Hoy contamos con más de cincuenta títulos publicados (esos *best sellers a largo plazo* de consulta obligada a que se refiere Pierre Bourdieu), así como con numerosas reimpresiones y reediciones, en obras que han alcanzado además una amplia circulación en distintos ámbitos de lectura. Esta colección ha logrado así abrir un espacio característico y generar un clima de lectura e interpretación que invita a una toma de perspectiva americana. Con todo ello la *Biblioteca Americana* constituye, en nuestra opinión,

uno de los más eminentes ejemplos de los alcances que puede tener una empresa editorial y cultural tan audazmente pensada, tan rigurosamente diseñada y tan generosamente proyectada.

La Biblioteca Americana será considerada desde el comienzo, y tal como consta en el folleto de presentación que acompaña su lanzamiento y la pronta publicación de los dos primeros títulos, como “la única colección de clásicos americanos”. Con esta sola declaración se está ya reconociendo y construyendo tradición, ya que la nueva serie se enlaza en el tiempo largo con los grandes esfuerzos que se venían haciendo desde principios del siglo XIX, antes aún de consumada la independencia política, para dar un programa fundacional de lecturas a nuestra América. Se afirma la existencia de un amplio grupo de obras que pueden considerarse ya legítimamente como clásicas de nuestro ámbito cultural sin negar la posibilidad de que sigan registrándose a futuro nuevas obras representativas.² En tercer lugar, y en la medida en que toda colección es a la vez un balance y un programa, un conjunto cerrado que tiene ya una cierta organización al tiempo que acepta la integración de nuevos elementos, toda declaración de apertura de una colección tiene también un fuerte carácter incoativo. En cuarto término, la editorial hace un examen del presente y un programa de futuro, ya que espera combatir “un mal antiguo y grave: el desconocimiento de los valores de la América hispánica”. En quinto lugar, se trata de un programa para generar un nuevo y creciente sector de lectura constituido por buenos entendedores capaces de inscribir los textos concretos en un horizonte más amplio que el nacional o el especializado.

Un enfoque centrado en la historia cultural habría de ser el gran eje integrador de los títulos individuales, y de allí que se convirtiera en el principio ordenador de la colección. El sentido general que la anima no es sólo un afán de recuperación bibliográfica: se trata de un fin marcadamente ético y de política cultural: promover un mejor conocimiento de los valores propios de la región hispanoamericana, así como “publicar y hacer circular ampliamente libros americanos, propagadores elocuentes de la cultura de la América hispánica”. Se trata entonces de organizar una colección que confirme y reinterprete el sentido de una tradición cultural continental,

2 La preocupación de nuestro autor por los clásicos no es de ningún modo conservadora, sino que se vincula con una preocupación de larga data en torno a la necesidad de encontrar una “tabla de valores” intelectuales que permita la formación y la consolidación de una cultura intelectual para sí mismo y para la comunidad civil (Véase Henríquez Ureña 1960: 85-87).

que constituya un horizonte más amplio y generoso capaz de integrar las tradiciones locales y nacionales, que permita que en ella se reconozcan –y a partir de ella se multipliquen– los lectores americanos, y que haga posible también dar a conocer en otros ámbitos culturales las producciones de nuestra región, reforzando así el reconocimiento a su legitimidad, a su “mayoría de edad”, a su derecho al diálogo y la interlocución en el ámbito del conocimiento.

Por otra parte, no deja de ser admirable que el diseño y la apertura de la Biblioteca Americana sean el resultado de un complejo y muy elaborado proceso de diagnóstico de las condiciones propias del ámbito editorial y cultural de su momento así como un voto por la apertura de nuevas expectativas de lectura: se trata de incidir, a través de un proyecto muy bien pensado, en la renovación del modo de entender lo americano a la luz de los sucesos de la todavía cercana Segunda Guerra mundial y del reacomodo de los bloques regionales en nuevas órbitas económicas, políticas y culturales.

Cuando leemos los exhaustivos listados que, con la vieja usanza de una máquina de escribir y de la ficha catalográfica, iba elaborando Henríquez Ureña, y descubrimos también sus observaciones editoriales a cada título, sus propuestas de edición, los nombres que sugiere para los prologuistas y anotadores, nos quedamos maravillados ante su enorme erudición, más sorprendente aún si se recuerda su vida viajera, las muchas bibliotecas que consultó o las colecciones que formó y debió abandonar. Y si cotejamos estos listados con los que acompañan sus obras de conjunto o las bibliografías elaboradas para sus cursos, descubrimos que el sueño de formar una biblioteca fue una de las metas de su vida. Esta meta coincide ampliamente con una permanente voluntad de hacer que los textos se hagan legibles y transmisibles a partir de la comprensión de sus contextos: como se ve, Henríquez Ureña se adelantó con su propia práctica a subsanar los futuros problemas de descontextualización que advertirá Pierre Bourdieu.

La posibilidad de perseguir a través de las cartas la propia historia de la colección, las propuestas de periodización y organización de la misma, las prioridades que se van fijando, nos permite asistir a una de las más audaces estrategias de intervención editorial y al esfuerzo por trazar redes de sociabilidad intelectual convocadas por un proyecto editorial que los estudiosos debían alimentar a la vez que fueran alimentadas por ellos. En rigor los proyectos editoriales han sido una de las formas características de la sociabilidad intelectual americana, testimonio del encuentro y la colaboración en proyectos culturales estratégicos para nuestros países.

Los dos protagonistas de nuestra historia se conocieron en 1921, en pleno clima de consolidación de la Revolución mexicana, y pronto comenzó una entrañable amistad ligada a la consolidación de una política del libro y la lectura. Esta amistad se fortaleció a través de su participación en las “misiones culturales” vasconcelianas y los primeros programas de conferencias, publicaciones y extensión académica: una atmósfera general de avanzada en apoyo de la expansión del libro y la cultura.

En la *Iconografía* de Cosío Villegas se reproduce una fotografía que registra al grupo de amigos reunidos con motivo de la “Cena ofrecida a Daniel Cosío Villegas en Buenos Aires, ca. 1945”. Aparece allí el propio Cosío Villegas, flanqueado por las esposas de Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero; a su lado, casi oculto, se descubre a Pedro Henríquez Ureña, junto a Arnaldo Orfila Reynal y Gonzalo Losada. Esta fotografía, en la que alternan autores y editores, constituye casi un símbolo de ese momento dorado de la industria editorial latinoamericana cuyo eje pasaba entonces por las ciudades de México y Buenos Aires.

El año 1945 constituye también la cifra del reencuentro de los dos amigos: Cosío Villegas, ya convertido en director del Fondo de Cultura Económica, había emprendido la visita a distintas ciudades de América Latina, y uno de los principales objetivos que lo condujeron a ello fue el de procurar la expansión de los proyectos editoriales y la inclusión de colaboradores de distintos rincones de América. El amigo y maestro con quien habría de reencontrarse Cosío Villegas, ligado por entonces a la revista *Sur* y a la editorial Losada, era sin duda la persona más calificada para organizar la nueva colección que estaba diseñando el director del Fondo. A sus profundos conocimientos en la materia, a su práctica consecuente en el mundo de los libros, a su ya vasta obra como ensayista, maestro y editor y a su amplia reflexión en torno a la tradición cultural hispanoamericana y a la necesidad de ir “en busca de nuestra expresión”, se debe sumar la “biblioteca americana imaginaria” que fue diseñando a través de sus viajes por Hispanoamérica, España y Estados Unidos, que le habían permitido consultar distintos acervos bibliográficos. Sus notas y apuntes de diario así como las cartas que dirige a sus amigos, y en particular a Alfonso Reyes, revelan su vocación de buscador de tesoros bibliográficos, su interés por recorrer bibliotecas y librerías, su pasión por las obras de síntesis, los panoramas históricos y las valoraciones de conjunto de la producción literaria.

El intenso diálogo epistolar restablecido a partir de entonces entre Henríquez Ureña y Cosío Villegas evidencia la recuperación de ese pro-

yecto de renovación educativa y cultural para la región que hizo del libro un elemento central, así como el encuentro entre dos vocaciones: editar y ensayar, y nos permite seguir paso a paso nada menos que el diseño de una política del libro a partir de una política de la cultura: generar una tradición de lectura en Hispanoamérica es al mismo tiempo generar una lectura de la tradición hispanoamericana. Editar y ensayar: representar la cultura de la región a través de una gran biblioteca o colección organizada como un conjunto a la vez cerrado y abierto, en equilibrio y en expansión, que reúna la lectura de los textos imprescindibles. Editar y ensayar esta Biblioteca Americana ha permitido llevar a cabo un programa de integración por la cultura. Y el hecho mismo de postular la posibilidad de existencia de una colección sobre Hispanoamérica contribuyó también a generar una tradición literaria y cultural que superara los límites de lo nacional y abriera nuevos espacios de vínculo en el ámbito de la “inteligencia americana”.

En una carta escrita en el Instituto de Filología de Buenos Aires el 1º de julio de 1945, Henríquez Ureña sugiere un primer listado de 53 obras, al que añade algunas acotaciones, comentarios, observaciones, que son ya contribuciones a un programa de historia de la literatura y de la cultura en América Latina (no olvidemos que por esos mismos años estaba ya elaborando sus dos grandes estudios de conjunto).

Este listado preliminar, esbozado al correr de la máquina y sólo factible de ser realizado por alguien con sus inmensos conocimientos, arranca con la prosa del descubrimiento, específicamente con Colón, de manera semejante al modo en que abre las conferencias Charles Elliot Norton de 1940-1941 y el libro de ellas derivado, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*: “Siglos antes de que esta busca de la expresión llegase a ser un esfuerzo consciente de los hombres nacidos en la América hispánica, Colón había hecho el primer intento de interpretar con palabras el nuevo mundo por él descubierto”.

La lista incluye, además de los primeros viajeros y cronistas, además de los clásicos indiscutidos de nuestra tradición intelectual (el Inca Garcilaso, Lizardi, Bolívar, Sarmiento, Martí), autores que habían merecido una larga reflexión crítica por parte de Henríquez Ureña y Alfonso Reyes – tal, particularmente, el caso de Alarcón, en quien ven cifrada una temprana idea de mexicanidad, o de Darío, al que reconocen como figura central en la reconfiguración del mapa literario hispanoamericano. Se incluye también la mención de naturalistas y científicos –tal, el caso de Caldas o Ameghino– como muestra del interés programático por incluir en la memoria co-

lectiva un acercamiento a la tradición científica hispanoamericana – tema de interés no solo de Cosío Villegas, del FCE, de los intelectuales mexicanos y del exilio español ligados a la UNAM y El Colegio de México o de los animadores de una revista afín a ellos como *Cuadernos Americanos*, sino también del propio autor dominicano, como lo evidencia su *Historia de la cultura*.

En ocasiones, breves indicaciones propias de un lector agudo y certero (que emplea, para calificar los títulos sugeridos, adjetivos como “ameno”, “importante”, “magnífico”, etc.) bastan para resaltar la necesidad y el sentido del rescate del valor literario de autores en muchos casos desatendidos o francamente olvidados. En otros casos, la sola mención del apellido, con omisión de nombre o título, evidencia que se trata de autores de amplio reconocimiento ya entre los lectores cultos.

Por otra parte, cada uno de esos nombres abre a su vez a un problema mayor: las necesarias tomas de decisión en cuanto a títulos y modalidades de edición. Así, por ejemplo, la propuesta de publicar en dos volúmenes la obra de Darío muestra ya la importancia que Henríquez Ureña atribuye al gran modernista, y al modernismo en general, en la historia de las ideas estéticas en América Latina. Así, en las *Corrientes* dice de él que “fue considerado el más alto poeta del idioma desde la muerte de Quevedo [...], sea cual fuere el juicio definitivo que merezca su obra, su influencia ha sido tan duradera y penetrante como la de Garcilaso, Lope, Góngora, Calderón o Bécquer. De cualquier poema escrito en español puede decirse con precisión si se escribió antes o después de él”.

La lista prosigue con grandes escritores del modernismo, como Manuel Gutiérrez Nájera o Manuel José Othón, Julián del Casal o José Asunción Silva, y pone no sólo énfasis en los clásicos como Domingo Faustino Sarmiento, Juan María Alberdi, José María de Hostos, sino también en científicos, pensadores, historiadores. Concluye el crítico con el comentario de que se trata aproximadamente de cincuenta y tres títulos, que equivalen a cien volúmenes.

Pocos días después, el 17 de julio de 1945, y como respuesta a otra carta de Cosío Villegas del 30 de mayo, Henríquez Ureña hace llegar a su amigo una propuesta ya madura, que confirma su aporte a la concepción general de esta Biblioteca, cuyas coordenadas en tiempo, espacio y sentido quedaron por fortuna planteadas a través de su correspondencia, así como, en su versión final, en el folleto de presentación, que guarda una verdadera

herencia intelectual para los lectores de nuestra América, y sobre el que volveremos más adelante.

Mi querido Daniel:

Recibí tu carta del 30 de mayo y me he puesto a trabajar en el plan de tu gran colección americana. Te mando como muestra unas cuantas indicaciones: dime si bastarían para cada caso, o si se necesita más para guiar al que se encargue de la edición y de las pruebas y probablemente de escribir la advertencia inicial de cada obra. He tomado como ejemplo algunas obras muy grandes, como las de Oviedo y Las Casas; pero también otras más cortas: por ejemplo, Colón, Fernando Colón, Sarmiento.

La colección debería llevar un buen título general y subdividirse en colecciones menores, como CRONISTAS DE INDIAS, ESCRITORES COLONIALES, ESCRITORES DEL SIGLO XIX [sic] (o esta serie podría subdividirse en POETAS, HISTORIADORES [sic], etc.).

¿Debe la colección incluir al Brasil? Supongo que sí, como lo incluye TIERRA FIRME [sic]. Para eso habrá que hacer buenas traducciones. Te mandaré un folleto que hemos impreso en la Editorial Losada sobre lo que deben evitar los traductores; EMECÉ [sic] imprimirá otro folleto, un poco más extenso.

También podría agregarse una serie de escritores europeos que han escrito sobre América después del periodo inicial que sigue a la Conquista: autores como Azara, Humboldt, M[ada]me Calderón de la Barca (Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, legajo Daniel Cosío Villegas y Pedro Henríquez Ureña).

Considera que es necesario incluir el Brasil, y que ello implica contar con la seguridad de buenas traducciones. Opina también que se debe incluir autores europeos que hayan escrito sobre América: Azara, Humboldt, Mme. Calderón de la Barca. Muy poco después surgirá la propuesta de un título, y muy pronto también quedarán sentadas las bases de la nueva colección, su perfil y personalidad, así como sugeridos un primer criterio de ordenamiento y un listado de los cien primeros títulos:

Cristóbal Colón. *Diario del Descubrimiento y Cartas* (según instrucciones enviadas antes, deben tomarse los textos de la publicación de la *Raccolta*).

Hernán Cortés. Edición bajo el cuidado de Alfonso Caso.

El Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios Reales*. Utilizar el texto publicado en Buenos Aires bajo el cuidado de Ángel Rosenblat.

Juan Ruiz de Alarcón. *Comedias* [debería llegarse a publicarlas todas, en una serie de volúmenes]; el texto de la Biblioteca de Autores Españoles –Rivadeneira– es muy bueno; si fuere posible, se consultaría el texto de las primitivas ediciones).

Sor Francisca Josefa de la Concepción (“la Madre Castillo”). *Vida*.

Sor Juana Inés de la Cruz. Poesías, teatro y prosa (debe llegar a publicarse

todo; sería bueno encomendárselo a Toussaint).

Francisco José de Caldas. *De la influencia del clima en los seres organizados*.

Francisco Núñez de Pineda Bascuñán. *Cautiverio feliz*. Texto de la colección de Escritores de Chile.

José Bernardo Couto. *Diálogos sobre la historia de la pintura en México*; con notas de Manuel Toussaint.

Escritos de Bolívar.

Machado de Assis. Una de las novelas (no reproducir el *Don Casmurro*, en traducción de un Sr. Mesa y López, en París; es muy mala; habría que hacer una traducción, pero no es difícil, si se encomienda a un buen escritor que evite las formas portuguesas como *dijera* por *había dicho*).

Felipe Larrazábal. *Vida de Bolívar*. Evitar el texto publicado y alterado por Rufino Blanco, Fombona.

Andrés Bello. *Filosofía del entendimiento*. Tomar el texto de la edición vieja de *Obras completas*; no de la nueva, que tiene muchas erratas.

Vicente Pérez Rosales. *Recuerdos*.

Justo Sierra. *Historia de México* (para las escuelas primarias). Es una obra maestra.

Sarmiento. *Campaña del Ejército Grande* (de las *Obras completas*).

Alberdi. *El crimen de la guerra*.

Montalvo. *Geometría Moral*.

Gregorio Gutiérrez González. *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* (no Antioquía) y poesías escogidas.

Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Poesías*.

Manuel Ascensio Segura. *Comedias*.

Eugenio María [de] Hostos. Si no parece práctico reproducir ahora la *Moral social*, de la cual hay dos ediciones de Buenos Aires, se haría un tomo de Ensayos. Pero es probable que las ediciones de Buenos Aires no dañen a una de México, que se vendería mucho en las Antillas.

José Martí. Poesías escogidas (incluyendo completo el *Ismaelillo* y los *Versos sencillos* y quizá los *Versos libres*: eligiendo en lo demás).

Florencio Sánchez. Los mejores dramas.

Una obra de historiador chileno: Diego Barros Arana o Benjamín Vicuña Mackenna (Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, legajo Daniel Cosío Villegas y Pedro Henríquez Ureña).

Esta propuesta de arranque con veinticinco obras fundamentales resulta de particular interés, puesto que traduce aquellos autores que un conocedor como Henríquez Ureña consideraba los imprescindibles de la tradición americana (Colón, El Inca, Sor Juana, Bolívar, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí...) y de este modo nos ayuda a descubrir el esbozo de un posible canon hispanoamericano. Recordemos que desde sus *Seis*

ensayos el ensayista consideraba de imperiosa necesidad elaborar una “tabla de valores”, con el necesario rescate de las figuras que se consideran imprescindibles y la dolorosa exclusión de otros muchos autores. Este esfuerzo de selección se evidencia a lo largo de la correspondencia con Cosío Villegas.

He aquí entonces el primer núcleo que luego habrá de completarse con nuevos autores y títulos y de ordenarse a través de un esfuerzo de periodización. A este listado se incorporarán poco después títulos procedentes de la tradición precolombina.

Es así como incluye lecturas centrales en la tradición que había venido pensando al armar dichas conferencias: se centra en figuras que —como las de Colón, Sor Juana, Bolívar, Sarmiento, Martí, Hostos, Montalvo— constituían los grandes faros o ejes articuladores de la preocupación de Henríquez Ureña en cuanto a la busca de nuestra expresión, a la vez que otra serie de autores y temas que era necesario salvar del olvido o la incompreensión: desde la obra prácticamente desconocida para su época de la poeta mística Sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara —la Madre Castillo, clarisa de Tunja— a la del poeta popular antioqueño Gregorio Gutiérrez González, desde el teatro del autor costumbrista peruano Manuel Ascencio Segura hasta el sainete del rioplatense Florencio Sánchez.³

Aparecen también esos grandes renovadores de la prosa cuyo estudio y recuperación fue en gran medida aporte de Henríquez Ureña: Montalvo y Hostos, por ejemplo. Este último, a quien dedicó tantas páginas notables y cuyo discípulo se consideró más de una vez, ha sido —y sigue siendo— escasamente leído y reconocido.⁴

Es también muy valioso el esfuerzo por incluir en la lista a las escritoras, Sor Juana en primer lugar, seguida por varias otras autoras de la etapa

3 Medardo Vitier anota, respecto de su amplia solvencia en cuanto temas hispanoamericanos, lo siguiente: “Nadie conoce como él la formación intelectual de la América española. Nadie tampoco ha escrito páginas tan orientadoras respecto a la literatura de estos pueblos llenos de gérmenes” (Vitier 1945: 214).

4 En *Las corrientes literarias*, publicado de manera póstuma en la Biblioteca Americana, escribe: “Los intelectuales más típicos en este período fueron aquellos a quienes podríamos llamar luchadores y constructores, herederos de Bello y Heredia, de Sarmiento y Mitre, hombres que solían ver en la literatura una parte de su servicio público, siguiendo la que era ya una de nuestras tradiciones”. Es allí donde menciona a Ruy Barbosa, Juan Montalvo, Manuel González Prada, Justo Sierra, Enrique José Varona, Eugenio María de Hostos, quienes “consagraron un verdadero celo apostólico a la defensa de la libertad y a la difusión de la verdad [...]. Y sus obras enriquecieron la literatura hispánica con nuevos tipos de prosa” (Henríquez Ureña 1949: 155).

colonial, que en opinión del dominicano habían sido injustamente olvidadas o subestimadas.⁵

El hecho de que se trate de una biblioteca americana no impide la integración de los grandes historiadores nacionales de fines del siglo XIX, y en especial la tan admirada figura de Justo Sierra, cuyo libro *La evolución política del pueblo mexicano*, califica como “profundo” y “magistral” (Henríquez 1949: 337). En una carta temprana ya había pedido también a su amigo que le ayudara a conseguir esta misma obra, para incluirla en la colección *Grandes Escritores de América* que planeaba para Losada, y le comenta: “Sabes que lo creo el libro más importante que allá se ha escrito” (Carta de Pedro Henríquez Ureña a Daniel Cosío Villegas, 26 de enero de 1939).

Incluye también en esta nómina científicos, como es el caso de Caldas, en una abierta toma de posición a favor de la necesidad de recuperar la tradición científica latinoamericana. Particular interés muestra además en salvar el teatro, en cuanto es uno de los géneros en que considera se evidencian rasgos reveladores del encuentro entre dos culturas y las posibilidades de mestizaje cultural, a la vez que incorpora un nombre ajeno a la tradición del teatro culta –para gran escándalo seguramente de los académicos de entonces– en esa forma clave del teatro popular que es el sainete de Florencio Sánchez. Por fin, comienza programáticamente la inclusión de la gran literatura brasileña, con Machado de Assís, cuya novela fundamental, *Memorias póstumas de Blas Cubas*, se publicó en 1951 dentro de la serie, en traducción de Antonio Alatorre.

Razones de tiempo y espacio me obligan a dejar aquí un tema que he seguido trabajando y que confío pronto aparecerá publicado en versión electrónica por el Fondo de Cultura Económica. Espero haber dejado a los lectores lo suficientemente intrigados y curiosos respecto de las cartas que aquí no alcanzo a citar y la propuesta que se llegó a concretar en una

5 “Las mujeres no estaban ausentes de la literatura: así aparecen, entre muchas poetisas, la monja Leonor de Ovando, en Santo Domingo, la más antigua de todas las cultísimas peruanas Clarinda y Amarilis (sólo conocemos sus seudónimos), y, entre las escritoras en prosa, la elocuente monja de Nueva Granada Sor Francisca Josefa de la Concepción, a quien era costumbre llamar ‘la madre Castillo’, según su apellido de familia. La más ilustre es la poetisa de México Sor Juana Inés de la Cruz...” (Henríquez Ureña 1947: 95). En la *Gaceta* del FCE correspondiente a 1955, descubrimos el anuncio de la aparición del tercer tomo de las *Obras completas* de Sor Juana, dedicado a los *Autos y loas*, en edición de Alfonso Méndez Plancarte, quien también se había hecho cargo de los dos tomos precedentes. En época de Arnaldo Orfila Reynal se dio amplia difusión a los títulos de la Biblioteca Americana y al vínculo con autores y estudiosos de otras partes de América a ella ligados.

colección que, como la presencia y el pensamiento de Henríquez Ureña, siguen vivos.

Y no se trata sólo de la Biblioteca Americana: la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña pueden interpretarse, insisto, como la confección de un gran libro donde los americanos puedan leerse y encontrarse. La tarea editorial se convierte en una hazaña prometeica, digna de nuestros más grandes héroes culturales. En ella se traduce precisamente la voluntad de organización de la cultura, trabajo riguroso y ordenado, avalado por una investigación que permita reconstruir las condiciones contextuales que hagan legibles e inteligibles las condiciones textuales.

Pedro Henríquez Ureña fue en todo ello un modelo de pensamiento y acción. Qué bueno sería tenerlo hoy aún aquí, para que nos ayudara a repensar con su inteligencia la flecha de anhelo capaz de sacarnos de nuestras nuevas formas del descontento y de conducirnos con el optimismo de la voluntad a eso que él llamaría, de manera certera, nuestra promesa.

Bibliografía

- BOURDIEU, Pierre (2002 [1989]): "Les conditions sociales de la circulation internationale des idées". En: *Actes de la recherche en sciences sociales*, 145, pp. 3-8.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1947): *Historia de la cultura en la América Hispánica*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1949): *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (1960): "José M. Gabriel y Galán". En: *Obra crítica*, ed. de Emma Susana Speratti Piñero y pról. de Jorge Luis Borges. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 85-87.
- MONDRAGÓN, Rafael (2009): "Gestos del pensar y ética de la lectura en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*". En: Liliana Weinberg (coord.): *Estrategias del pensar II. Ensayo y prosa de ideas en América Latina siglo XX*. México: Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-Universidad Nacional Autónoma de México.
- VITIER, Medardo (1945): "Recepción crítica: Pedro Henríquez Ureña y el ensayo". En: *Del ensayo americano*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 193-215.
- WEINBERG, Liliana (2014): *Biblioteca Americana: una poética de la cultura y una política de la lectura*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.